

4

Viviendo el amor

Pascua y Tiempo Ordinario

Ciclo B

Del 8 de abril al 17 de junio de 2018

EUCARISTÍA

evd

Contenido

Presentación	7
8 abril. Segundo domingo de Pascua	9
15 abril. Tercer domingo de Pascua	23
22 abril. Cuarto domingo de Pascua	37
29 abril. Quinto domingo de Pascua	51
6 mayo. Sexto domingo de Pascua	65
13 mayo. Ascensión del Señor	79
20 mayo. Pentecostés	93
27 mayo. Santísima Trinidad	107
3 junio. El Cuerpo y la Sangre de Cristo	121
10 junio. Domingo 10 del Tiempo Ordinario	135
17 junio. Domingo 11 del Tiempo Ordinario	149
Recursos	
Para aprender. El papa Francisco y los pobres. Su mensaje en la I Jornada Mundial de los Pobres	165
Para comprometerse. La violencia contra las mujeres, problema social, político y eclesial	173
Para orar. Tejiendo el amor	176
Para comenzar un itinerario de fe. Dar vida	180
Para reflexionar: Lectio divina: la vanidad de los honores humanos	183

Presentación

La Pascua es la clave de todo en la vida cristiana. Es la clave del «evangelio escrito», pues solo desde la Pascua se puede entender por qué unas personas con miedo, sin cultura y en un medio hostil ponen por escrito algo totalmente novedoso: la Buena Noticia de Jesús. Es la clave de la Teología, pues la Iglesia nace en la Pascua; los sacramentos nacen en la Pascua; la resurrección de Cristo es la piedra angular para construir Teología cristiana, para creer en el perdón de los pecados y no caer ni en la hamartología (el poder del pecado) ni en la desesperación tras la muerte (fracaso del ser humano). La Pascua es la clave de la espiritualidad, pues no creemos en ritos piadosos vacíos, ni en fórmulas mágicas que actúan dependiendo de la exactitud y rigor al formularlas. La Pascua es la clave de la moral del discipulado, pues no se entiende un discípulo triste, hundido, injusto, violento, amargado o derrotista.

Sin Pascua no hay Iglesia ni Eucaristía. Sin Pascua no hay Palabra de Dios ni anuncio del Evangelio. Sin Pascua no hay vida cristiana. ¿Una exageración? En absoluto. Las distintas confesiones religiosas adoran al Dios del cielo, creen en él y esperan en él y en su misericordia; pero viven de una esperanza en tensión, sin la certeza de que Dios haya pronunciado su última palabra. En la Pascua de Jesucristo, los cristianos proclamamos al mundo entero que Dios ha hablado, y su palabra ha sido «Vida», con mayúscula; ha sido «Perdón», sin recortes; ha sido «Esperanza», sin nubarrones.

Cuando los cristianos hablamos del «amor» no nos referimos a un sentimiento de bondad que el ser humano lleva inscrito en su «ADN», que lo puede desarrollar o ahogar, dependiendo de las circunstancias, de la educación, de su desarrollo humano y moral... Cuando los cristianos hablamos de «amor», decimos que Dios se ha revelado como «Amor» que nos ama incondicionalmente; un «Amor» que se hace carne en Jesús y que se manifiesta plenamente en su resurrección. La Pascua solo puede ser consecuencia del amor de Dios; el amor de Dios solo puede llevarnos a la Pascua.

Equipo Eucaristía

8 de abril de 2018

Ciclo B

Segundo domingo de Pascua

Francisco Javier García

Creer

El crucificado ha resucitado
(PALABRA DE DIOS).

Somos Tomás
(HOMILÍA).

Señor mío y Dios mío
(EVANGELIO EN CASA).





LECTURAS

Lectura del libro de los HECHOS DE LOS APÓSTOLES 4,32-35

En el grupo de los creyentes todos pensaban y sentían lo mismo: lo poseían todo en común y nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía. Los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con mucho valor. Y Dios los miraba a todos con mucho agrado. Ninguno pasaba necesidad, pues los que poseían tierras o casas las vendían, traían el dinero y lo ponían a disposición de los apóstoles; luego se distribuía según lo que necesitaba cada uno.

Palabra de Dios

NOTAS: En este segundo sumario (ver el primero en Hch 2,42-48) Lucas continúa presentando, muy posiblemente de forma un tanto idealizada, aquello que más caracteriza al grupo formado por los seguidores de Jesús. Destaca en primer lugar poseer un solo corazón y una sola vida/alma (estos son los términos que aparecen en el griego original). El texto indica así que los creyentes pensaban y sentían de la misma forma y, más aún, que compartían lo esencial de la existencia (deseos, ideas, propósitos). Implícitamente, se entiende que dicha unidad tiene su origen en la fe que unía a todos ellos, en su decisión de seguir a Jesús, cuya resurrección anun-

ciaban con mucho valor (*dynamis*). El dato encierra cierta paradoja porque más adelante el libro de los Hechos va a dar cuenta de diferencias internas dentro de la primitiva comunidad cristiana sobre aspectos tan decisivos como el modo de entender la función de la Ley judía a la luz de la vida, muerte y resurrección de Jesús. Podemos deducir, por tanto, que unidad no significa acallar y anular las diferencias, sino integrarlas como parte de la vida del grupo. Otro aspecto significativo del sumario es la comunidad de bienes, un rasgo muy característico de la comunidad primitiva que, inspirada por la vida del propio Jesús, puso en práctica el valor de la justicia.

Salmo responsorial 117,2-4.16ab-18.22-24

*Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.
(O Alehuya)*

Diga la casa de Israel:
eterna es su misericordia.
Diga la casa de Aarón:
eterna es su misericordia.
Digan los fieles del Señor:
eterna es su misericordia.

La diestra del Señor es poderosa,
la diestra del Señor es excelsa.
No he de morir, viviré
para contar las hazañas del Señor.
Me castigó, me castigó el Señor,
pero no me entregó a la muerte.

La piedra que desecharon los arquitectos
es ahora la piedra angular.
Es el Señor quien lo ha hecho,
ha sido un milagro patente.
Este es el día en que actuó el Señor:
sea nuestra alegría y nuestro gozo.

Lectura de la primera carta de apóstol san JUAN 5,1-6

Queridos hermanos:

Todo el que cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios; y todo el que ama a Dios que da el ser ama también al que ha nacido de él.

En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios: si amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos.

Pues en esto consiste el amor a Dios: en que guardemos sus mandamientos. Y sus mandamientos no son pesados, pues todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo.

Y lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?

Este es el que vino con agua y con sangre: Jesucristo. No solo con agua, sino con agua y con sangre; y el Espíritu es quien da testimonio, porque el Espíritu es la verdad.

Palabra de Dios

NOTAS: El principal motivo que originó la primera carta de Juan fue la aparición de una fuerte disidencia comunitaria en el seno de la comunidad como consecuencia de interpretaciones diversas del acontecimiento de Jesucristo. El grupo oponente al autor de la carta acentuaba la divinidad de Jesús y no otorgaba importancia a su humanidad. Y esto tenía consecuencias en la vida práctica; en concreto, iba de la mano con la infravaloración de la ética ligada a la fe. En este contexto se comprende bien el fragmento de la lectura de hoy: Jesús

(esto es, el varón que recorrió Galilea y Judea en el s. I d.C.) es el Hijo de Dios; él vino con agua y con sangre (los fluidos que, según Jn 19,34, manaron de su costado cuando fue crucificado). Ambos aspectos subrayan la humanidad de aquel a quien también se le confiesa como Hijo de Dios o como el propio Dios. Y es esta una fe que no puede quedarse encerrada en sí misma; creer va unido necesariamente a una transformación interior que abre al otro, que abre al amor fraterno. El amor a Dios se verifica en el amor al hermano.

Lectura del santo evangelio según san JUAN 20,19-31

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo:

—Paz a vosotros.

Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió:

—Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado así también os envío yo.

Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo:

–Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían:

–Hemos visto al Señor.

Pero él les contestó:

–Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo.

A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos.

Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo:

–Paz a vosotros.

Luego dijo a Tomás:

–Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.

Contestó Tomás:

–¡Señor mío y Dios mío!

Jesús le dijo:

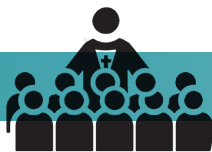
–¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.

Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.

Palabra del Señor

NOTAS: Esta segunda escena de aparición del Resucitado del cuarto evangelio contiene un buen número de imágenes y elementos muy significativos y sugerentes. Nos indican parte de lo que fue la experiencia de la resurrección de Jesús de sus primeros discípulos, el modo en el que la comprendieron y la forma en la que fue transmitida y entendida décadas después, cuando se escribió el cuarto evangelio. Jesús resucitado regala a sus seguidores la paz y su Espíritu. El don del Espíritu, que es exhalado sobre los discípulos, evoca al relato de la creación, al momento en el que Yahvé Dios insufla en Adán su aliento de vida (Gn 2,7). Para Juan, la re-

surrección de Jesús marca un antes y un después para los creyentes, puesto que es el momento de la recepción del Espíritu, un Espíritu que hace de ellos criaturas nuevas, un Espíritu que constituye la presencia viva y novedosa de Jesús en cada uno y que hará posible que comprendan sus enseñanzas en las nuevas circunstancias que les tocará vivir. Tomás representa a los seguidores de las siguientes generaciones, a todos aquellos que no habían conocido personalmente a Jesús. Para ellos también es posible el encuentro con el Resucitado. No es patrimonio de un grupo restringido sino una experiencia al alcance de los creyentes en cada hoy.



HOMILÍA

¿Qué sucedió?

La muerte de Jesús significó, para sus discípulos, fracaso y miedo. Los relatos evangélicos lo dicen con mucha claridad: «Estaban en una casa, con las puertas cerradas por miedo» (Jn 20,19). Esta situación contrasta con otra bien distinta, como hemos escuchado en la primera lectura: que «los apóstoles daban testimonio de la resurrección de Señor con mucho valor» (Hch 4,33).

Y surge la pregunta: ¿qué sucedió, entre medias, en la vida de aquellos discípulos derrotados? ¿Cuál fue la causa de tal cambio? Los relatos evangélicos dicen que en la vida de aquellos hombres y mujeres tuvo lugar un acontecimiento que los transformó. Jesús resucitado llegó a ellos como llega el día, con el alba, y disipa la oscuridad de la noche. Y en su vida se hizo el día. Aquel encuentro los cambió radicalmente y comenzaron a vivir una vida nueva, al estilo de Jesús. Mirémonos. Nos cuesta creer que el encuentro con Cristo resucitado sea posible. Quizá no deseamos ese encuentro pues estamos confortablemente instalados en nuestras costumbres, sin deseos de cambio. Nos podemos mirar en Tomás.

Tomás y nosotros

Tomás no estaba con el grupo la tarde en que llegó Jesús y, cuando volvió, le dije-

ron: «Hemos visto al Señor» (Jn 20,25). Tomás es imagen de cada uno de nosotros. Como él, también nos cuesta creer y también creemos con dudas. Tomás también es figura de muchos de nosotros cuando no nos conformamos solo con lo que nos han contado y buscamos y deseamos, sinceramente, encontrarnos a Jesús resucitado. En la incredulidad de Tomás hay honestidad y sana rebeldía. No vale cualquier anuncio del resucitado, solo nos vale el anuncio del Cristo que fue crucificado. «Si no veo en sus manos la señal de los clavos...» (Jn 20,25).

Encontrarnos con el Resucitado

La incredulidad y también el inconformismo le condujo, a Tomás, hasta Jesús. Cristo resucitado vino a Él y pudo experimentar de nuevo el calor de su mirada acogedora, la ternura de sus manos, la fuerza de sus palabras llenas de vida; pudo ver en sus ojos el amor y la determinación de dar la vida por el Reino del Padre. Y supo que era Él, el mismo Jesús, ahora resucitado. Tomás creyó y la confesión de su fe es la más rotunda de todo el evangelio: «Señor mío y Dios mío». ¿No necesitaremos, hoy y siempre, mirar un poco más a Tomás y, como él, tener la honradez y la humildad de confesar nuestra poca fe en Jesús resucitado? ¿Y, como él, no contentarnos con lo dado y dicho, sino desear ver y tocar al resucitado?